

## HOMILÍA FUNERAL HERMANO ENRIQUE OZALLA SABANDO

San Asensio, 14.04.2020

Hno. Juan Carlos Orús, Visitador Auxiliar

Textos de la liturgia de la Palabra:

Apocalipsis 21, 1-5a. 6b-7 / Salmo 142, 1-2. 5-6. 7ab y 8ab. 10 / Mateo 25, 31-40

Una vez más la *“hermana muerte”* nos convoca, invitándonos a vivirla, a la luz de Cristo Resucitado, como *“puerta de la vida”*, y a celebrar el paso pascual de nuestro Hermano Enrique a un futuro definitivo. Vivamos estos momentos con esperanza y alegría, porque Enrique está ya en las manos del Dios Amor, en cuya presencia siempre caminó.

La parábola del juicio final nos recuerda que nuestra esperanza está sostenida, por encima de todo, en la fuerza del amor. Se trata de una esperanza que nos anima y consuela, diciéndonos que todo aquello que es amor, bondad y servicio, por pequeño que sea, no se pierde, no se puede perder, porque Dios lo llena de su vida, y de su mismo amor, y lo hace vivir para siempre.

En esa parábola descubrimos que la compasión, una compasión activa, caracterizada por obras de misericordia desarrolladas a favor de los más pequeños, con los cuales el propio Jesús se identifica, es lo que da un valor imperecedero a la vida humana. Todo aquel que, de una forma u otra, sabiéndolo o no, ha procurado poner un poco de amor en el mundo, ha puesto bondad y servicio a su alrededor, vivirá por siempre con Cristo Resucitado, quien asume todo lo que esta persona ha hecho como hecho a él mismo y lo llena de su vida.

Por eso, en estos días de Pascua y aun en medio del sufrimiento, vivimos la esperanza. Cuántas personas, en los días tristes que vivimos, esparcen semillas de esperanza. Con pequeños gestos de atención hacia el otro, de afecto, de oración... gestos que, por pequeños que sean, Dios los convierte en vida por siempre. Y la vida de nuestro Hermano, ciertamente, estuvo llena de gestos de servicio y entrega generosa.

Nació en Treviana (Rioja) en 1936, siendo sus progenitores Demetrio y Gregoria. A sus 14 años llegó en 1950 al Noviciado Menor de La Salle-enea de Irún, donde también cursaría su Escolasticado. Su toma de hábito y sus primeros votos los celebraría aquí, en San Asensio, donde también emitió sus votos perpetuos en 1962, a sus 26 años de edad.

Tras terminar el Escolasticado en Irún, obteniendo el Magisterio de la Iglesia, alcanzó también el Magisterio del Estado, en Valladolid, y la Licenciatura en Filosofía y Letras, rama Historia, en Zaragoza. En su formación permanente, destaca la participación en el CEL del curso 1986-87, en Madrid.

Deusto fue su primera comunidad, en la que estuvo durante 5 cursos, entre 1957 y 1962, pasando luego un curso por Eibar y dos por Llodio, para recabar posteriormente en Zumárraga durante 7 cursos.

Durante su estancia en Zumárraga, en 1971, recibió carta del entonces Visitador Auxiliar H. Saturnino Gallego, invitándole a iniciar los estudios universitarios y a dedicar a ello varios

años. En la respuesta de Enrique trasladaba su gusto por el saber y conocer, su afán por culturizarse... a la vez que sus dificultades para los estudios, y terminaba expresando *“Con todo, no quiero perder la esperanza para el futuro...”* A los dos cursos, estaría ya estudiando en Zaragoza.

Esta ciudad ha sido, sin duda, el lugar donde ha podido realizarse más plenamente como Hermano, sintiéndose acogido como en su propio hogar: sus 46 años de estancia en la capital del Ebro así lo atestiguan: ¿quién no lo recuerda en sus paseos por los espacios de La Salle Montemolín, en sus recorridos en moto por la ciudad o en sus visitas durante mucho tiempo semanales al Pilar?

En Zaragoza sumó 5 cursos como estudiante, 3 en el Colegio Mayor B y 2 en Gran Vía, y casi 40 en Montemolín, como profesor y tutor cercano y dedicado, sobre todo en el antiguo 7º EGB (actual 1º ESO) destacando especialmente en lengua, dibujo y pretecnología, asignaturas que trabajaba con mucha habilidad, ilusión y creatividad; estuvo muchos años encargado del mantenimiento tanto del colegio como de la comunidad, encargándose también del jardín exterior y de la capilla colegial.

Tras su jubilación en 2004, siguió siempre presente en todas las actividades colegiales, y pendiente del cuidado de jardines, arreglos navideños, etc. así como de las tareas de mantenimiento (era “el hombre de las llaves”) hasta casi sus últimos momentos en el Colegio.

En comunidad, los Hermanos que gozaron de su presencia hablan de un Hermano, persona reservada y casera, poco amiga de salir de casa; sensato y coherente, sencillo y colaborador, considerado y respetuoso hacia sus compañeros de comunidad. Destaca su gran sensibilidad: en todo lo referente a la naturaleza, como plantas o animales; a nivel religioso y también a nivel social. Como dato que habla significativamente de ello, el H. Enrique, en 2017 envió a Roma su solicitud de renuncia a la herencia familiar, para que fuese destinada ya en vida *“a los más pobres y perseguidos de los Campos de Refugiados Sirios”*, siendo aprobada. La acción de gracias por su vida es por eso para nosotros también una invitación acoger a aquellos en los que Dios se nos presenta cada día, especialmente los más vulnerables, contribuyendo así a hacer de esta tierra su morada.

Delicado de salud en sus últimos años, no deja de ser admirable con qué cuidado y responsabilidad ha sabido administrarse su diálisis peritoneal durante mucho tiempo, siempre con la ayuda cercana y atenta de sus hermanos de la comunidad de Montemolín.

A finales del 2018, tras 56 años de vida entregada con ilusión a las escuelas cristianas como profesor y catequista, fue trasladado de Montemolín a San Asensio, por motivos sobre todo de salud; un cambio doloroso para él que, aunque le costó aceptar, asumió después con confianza, viviendo en paz y tranquilidad en la comunidad de la Sagrada Familia hasta su fallecimiento.

Gracias a quienes, especialmente en sus momentos de mayor debilidad, le han acompañado y cuidado: Hermanos de las comunidades de Montemolín y, últimamente, de San Asensio, personal de La Estrella... que con tanto cariño, comprensión y paciencia le ha atendido.

Enrique a lo largo de su vida intentó hacer suyas las actitudes evangélicas, desde el seguimiento a Jesús en la vida religiosa, un itinerario vivido en fidelidad durante más de 65 años al servicio de los demás, especialmente de los más pobres, a través de la educación, como Hermano de la Salle. Vivió ofreciendo un testimonio de que *"el cielo nuevo y la tierra nueva"* están ya presentes en este mundo. Y todo aquello en lo que creyó y esperó, ha llegado hoy a cumplirse. Ahora, es invitado por Aquel a quien ha amado, Jesús el Señor, a entrar en la *"ciudad santa"*, el reino de Dios, como *"bendito del Padre"*.

Como nos anunciaba el Papa Francisco, en la noche de Pascua *"conquistamos un derecho fundamental, que no nos será arrebatado: el derecho a la esperanza, una esperanza nueva, viva, que viene de Dios... Todo irá bien, decimos constantemente estas semanas, aferrándonos a la belleza de nuestra humanidad y haciendo salir del corazón palabras de ánimo... La esperanza de Jesús infunde en el corazón humano la certeza de que Dios conduce todo hacia el bien, porque incluso hace salir de la tumba la vida."*

Hermano Enrique, ahora puedes poner en tu boca con más sentido que nunca las palabras del Himno de laudes para el oficio de difuntos y decirnos con gozo:

*"No se oiga ya más el triste llanto;  
cuando llega la muerte, poco muere;  
la vida, hija de Dios, abre su encanto...  
si el ser hijos de Dios fue don vivido,  
sea luz que ilumine eternamente".*

Hermano y amigo, que Cristo, el Señor, haga realidad total en ti la vida en plenitud de la que fuiste testigo.

Descansa en las manos amorosas de Dios, que todo lo hace nuevo, y disfruta en *"el reino de la Vida"*, donde *"ya no hay muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor"*.